

# LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico [sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx](mailto:sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx)  
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 213

## LAS REVOLUCIONES LAS GESTA EL PENSAMIENTO

Mauricio Magdaleno  
1906-1986

*Mauricio Magdaleno Cardona (nació el 13 de mayo en Villa del Refugio, Zacatecas; murió el 30 de junio en la ciudad de México) es autor de una amplísima producción literaria que abarca historia, política, biografía, novela, cuento, teatro, cine, periodismo y crítica literaria. Obras destacadas suyas, son: El resplandor (1937), La tierra grande (1949), El ardiente verano (1954), Las palabras perdidas (1956). El texto que aquí se reproduce proviene de su ensayo "La atracción de la Revolución" en Escritores extranjeros en la Revolución (1979).*

El país estaba en paz y prosperaba. ¿Vale el orden más que la libertad, según la afirmación de Goethe? En México, durante 20 años, fue un axioma para la gran masa de nacionales. México sentía necesaria la presencia del general Díaz. De todo ello dimanó el prestigio del viejo caudillo, en un decenio que dio acento a la vida mexicana.

La vida mexicana, bajo el mandato del recio dictador, se vejaba. En el campo la angustia era insufrible. El hacendado, dueño de la tierra, tenía a sus peones por esclavos. Los amos eran, en su mayoría, ausentistas. Los peones tenían que trabajar de sol a sol con los rudimentarios métodos trimilenarios y se hacinaban en torno a la casa grande de la hacienda como bestias –o peor, porque las

bestias merecían ciertas atenciones–. Eran, sin embargo, así por el número –las dos terceras partes del total de la población del país– como porque entrañaban el meollo vital de México, la pasta que, una vez inflamada, nada ni nadie podría contener. La misma pasta bárbara de 1810 cuya furia arrolló frecuentemente a sus mismos caudillos. Esa masa fue, por descontado, factor importantísimo en el proceso armado de la segunda década del siglo actual,<sup>1</sup> pero la génesis de aquél debe localizarse, por modo incuestionable, en el malestar, día a día creciente, de una modesta clase media intelectual o con pujos de tal, marginada de toda oportunidad, como no lograrse ponerse al servicio de la gran plutocracia, la clase media ilustrada cuyos núcleos más activos acabaron soliviantando la conciencia pública, y, antes de que ningún grupo de campesinos se echase al monte, purgaba su inconformidad en las mazmorras de las prisiones. Las revoluciones las gesta, en un curso de largos años, el pensamiento, no la secular extorsión de la masa analfabeta.

A la gran era del auge popular porfiriano, que duró prácticamente y sin mayor discusión hasta la última década del siglo XIX, sucedió la declinación del caduco caudillo, declinación que se tradujo en el cre-

<sup>1</sup> Se refiere al siglo XX (Nota del compilador).



Noviembre 25 de 2005

Academia de Humanidades FES-Acatlán

ciente predominio de una casta plutocrática a la cual se entregó y que acabaría absorbiendo poder y economía. Aquella famosa casta que habría de ser factor determinante del derrumbe del régimen: casta que, si se suma a la edad del general Díaz, deteriorada a mayor abundamiento por la arteriosclerosis, acumularía odios y animosidades de pueblo y de eminentes individuos del mismo régimen. No era, ciertamente –conviene a esta altura de nuestra perspectiva admitirlo–, un autócrata a lo Melgarejo o a lo Estrada Cabrera, pero la oleada de la furia popular acabó identificándolo como un monstruo. En su libro *La sucesión presidencial en 1910*, Madero le hace plena justicia. Era, simplemente y para decirlo en definitiva, el final de una era. Todo lo demás es tinta roja.

Entre los jóvenes que se reunieron en San Luis Potosí en 1901, al llamamiento del ingeniero Camilo Arriaga, se formó una legión que pronto haría historia y a la que debe atribuirse los trazos fundamentales de la Carta de 1917. Fue aquella una de las más vitales, una de las más puras generaciones de toda nuestra historia. Ricardo Flores Magón, su caudillo, había sufrido, en edad casi adolescente, la implacable persecución de la dictadura. Tras su último cautiverio en la prisión de Belén, escapó del país y se instaló en California. Con la huelga de

Cananea, que coincidió con el manifiesto y programa magonistas de Saint Louis Missouri, se abrió la refriega que por otros caminos y otros propósitos habría de convertirse en la revolución de 1910.

Por un breve instante la opinión pública se derramó, arrolladoramente, a favor de la candidatura del general Bernardo Reyes a la presidencia, tras la declaración del general Díaz al periodista norteamericano Creelman de que se constituía garante de elecciones libres. Madero, Carranza y centenares de los que habrían de encender la Revolución, fueron en aquella hora reyistas. Se respiraba el ansia de un cambio. El general Reyes no estuvo a la altura de su responsabilidad, se sometió mansamente al dictador y fue a parar al destierro en Europa, un destierro burdamente disfrazado de comisión militar. Madero recogió el compromiso. Hombre de aliento mesiánico, hijo de terratenientes adictos a la plana mayor de la plutocracia, se erigió en caudillo de la Revolución y asumió, en las menos favorables condiciones, la primera magistratura de la República. No logró cumplir con los suyos ni afrontó los graves problemas que lo reclamaban; entre enemigos encarnizados y amigos que se consideraron traicionados lo destruyeron en una agresión que no fue capaz de sofocar, y, por fin, la traición lo sacrificó arteramente.

Fuente: Mauricio Magdaleno. *Escritores extranjeros en la Revolución*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979. pp. 16-18.

## Profesor, recuerda:

“Únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre. No es sino lo que la educación le hace ser. Se ha observado que el hombre no es educado más que por hombres que igualmente están educados. De aquí, que la falta de disciplina y de instrucción de algunos les hace también, a su vez, ser malos educadores de sus alumnos”

Immanuel Kant.  
*La educación como humanización*.